

Libros

14

MUERE
UNA ESTRELLA

AL DESNUDO

CHUCK PALAHNIUK
Traducción de Javier Calvo
Mondadori. Barcelona, 2012
188 páginas, 17,90 euros
Libro electrónico: 12,99 euros

★★★★

La pregunta aquí es qué necesidad tenía Chuck Palahniuk (Pasco, 1962) de meterse con el ya tantas veces abordado territorio hollywoodense. Porque está claro que Palahniuk –cuyas acciones suben cuando aún compulsion por el aforismo envenenado con idea original; como en la hasta ahora insuperada *El club de la lucha*– no tiene nada que agregar a un paisaje que ya ha sido pintado por maestros. Así, *Al desnudo* actúa mucho peor que *El último magnate*, de Fitzgerald, o *El día de la langosta*, de West, o *Los Angeles Confidencial*, de Ellroy. Y, ni siquiera como artefacto chismográfico e indiscreto, *Al desnudo* se acerca a los brillos de *Glamourama*, de Ellis.

Pero –como ya sucedió con el también un tanto innecesario *Snuff* jadeando en el agotado mundo del porno– un libro de Palahniuk sigue siendo un libro de Palahniuk. Y lo que aquí ofrece no es ni más ni menos que un paseo por el Sunset Boulevard de *El crepúsculo de los dioses* condimentado con una pizca de *Eva al desnudo* y otra de *¿Qué fue de Baby Jane?*

Una diva decadente

La narradora, Hazie Coogan, es la ayudante todoterreno y «espinazo de alquiler» de Katherine «Miss Katie» Kenton, diva decadente de la era dorada del cine aficionada a drogas variadas y a cirugías plásticas. «¿Acaso soy la sirvienta de Miss Katherine Kenton?», se pregunta Hazie. «No más de lo que el carnicero es el sirviente del corderito», se responde.

De hecho, Hazie llega a creer que ella creó a la estrella y que de ella depende que esta estrella, aunque eclipsada, siga emitiendo algo de luz a través del tiempo y del espacio. De ahí, su manía referencial a la hora de no poder evitar mencionar a astros de la

gran pantalla y sus alrededores –con indicaciones técnicas de guión– en tipografía convenientemente resaltada para el lector que quiera saber rápido qué cosa impropia se dice de tanto nombre propio.

A ritmo de vodevil

Y, de pronto, llega el indeseable posible nuevo marido. Un tal Webster Carlton Westward III, de intenciones *non sanctas*. Su plan es fraguar un accidente, que Katie muera, y enseguida vender el manuscrito de *Esclavos del amor*. Una *memoir* de viudo, ya escrita, donde se anticipan posibles versiones del *THE END* de Miss Katie: aplastada por un autobús, envenenada con almendras y hasta masticada por osos salvajes. Entonces –luz, cámara y acción– hay que impedirlo. Y todo adquiere el ritmo de un vodevil de Almodóvar temprano o de lo próximo de John Waters, sin perder de vista que esta es «una de Chucky».

Por lo tanto, líneas instantáneamente citables como «el grado de éxito de cada uno depende de la cantidad de veces que puede decir la palabra 'sí' y escuchar la palabra 'no'»; la ya esperada inesperada sorpresa final, que, en *Al desnudo*, no sorprende tanto; y alusiones a la vagina de Mae West. Y en lo último está el problema: un Palahniuk *retro* no es un Palahniuk al cien por cien. Palahniuk –como Ballard, a quien Chuck le debe más de una cena– funciona mejor cuando se ocupa del instantáneamente remoto presente y del futuro inmediato, señalándonos lo que jamás imaginaremos que está al caer. Y, en *Al desnudo*, lo que nos muestra Palahniuk no es más que un montón de estrellas a pisotear y a las que ya tantas veces contemplamos estrellarse contra las aceras de Hollywood Boulevard.

RODRIGO FRESÁN

SÁTIRA
FEROZWADZEK CONTRA
LA TURBINA DE VAPOR

ALFRED DÖBLIN
Traducción y prólogo
de Belén Santana
Impedimenta. Madrid, 2012
416 páginas, 23,95 euros

★★★★



Döblin (arriba, sello en su honor) publicó «Wadzek» en 1918. En 1929 vio la luz su novela más famosa, «Berlin Alexanderplatz» (abajo)



Con cuatro millones de habitantes al final de la Primera Guerra Mundial y en los años veinte del pasado siglo, Berlín era la tercera ciudad del mundo, después de Nueva York y Londres. Veinte estaciones ferroviarias de largo recorrido y cien de cercanías aseguraban la frenética respiración de este Chicago europeo, en el que trescientas mil empresas y tres mil bancos hacían de aquella metrópolis del futuro un universo en estado de locura permanente.

Millones de leguas

Berlín tenía dos caras: por un lado, era la capital de la política, la cultura y la diversión; y, por otro, era la mayor ciudad industrial del continente, con «archipiélagos» separados según clases sociales. El filósofo Ludwig Marcuse, al hablar de sus recuerdos de infancia, dijo: «Los obreros del centro y del norte de la ciudad no eran para mí objetos reales. Vivíamos

a media hora de tranvía de Alexanderplatz y de la fábrica de mi padre, lo que entonces equivalía a millones de leguas. Solo conocía a burgueses, gobernantes y criadas. Solo ellos eran reales».

Precisamente varios de estos burgueses y fabricantes de artilugios cada vez más modernos y complejamente tecnificados son los prota-

gonistas de la expresionista tragicomedia *Wadzek contra la turbina de vapor*, del gran Alfred Döblin (Stettin, Pomerania, 1878-Emmendingen, 1957); protagonistas que, más que seres humanos de psicología convencional, parecen apenas siluetas de gestos entre hieráticos y perturbados, esperpénticamente fugados de un cuadro de Grosz o Dix.

En los años inmediatamente previos a la Primera Guerra Mundial, el joven Döblin, neurólogo de profesión, entró en contacto con el grupo de los expresionistas berlineses y se convirtió en un colaborador habitual de su más famosa cabecera, *Der Sturm* (1910-1932). Aunque la publicó en 1918, fue en el año en que comenzó la contienda, 1914, cuando escribió esta feroz sátira netamente expresionista sobre el capitalismo y la neurosis de la competitividad.

Por cien dólares

Bertolt Brecht siempre alabó esta obra «fuerte» de los comienzos de Döblin, que una década más tarde, en 1929, alcanzó y cimentó una fama no solo nacional, sino global, gracias a uno de los más deslumbrantes experimentos –junto al *Ulises*, de Joyce– de la literatura moderna: su novela *Berlin Alexanderplatz*.

La ridícula antipopeya del no menos ridículo y gordinflón industrial *Wadzek* comienza con su desquiciada adaptación ante una nueva realidad: la ruina y pérdida del control de su fábrica de locomotoras y máquinas de vapor; así como de su pequeño círculo familiar, a causa de un maligno competidor, «un Moloc, un dragón, un monstruo»: Rommel, dueño de una pujante factoría de turbinas y causa absoluta de su perdición.

Esta antipopeya se inscribe en los turbulentos años revolucionarios –en todos los sentidos: en el industrial, en el político, en el cultural y el artístico– que precedieron la llegada de Hitler al poder, con todo lo que ello significaría. Entre otras cosas, que el prolífico Döblin, uno de los genios más emblemáticos de la República de Weimar, autor de una obra inabarcable, tuviera que exiliarse en 1933, primero a Suiza y Francia y luego a Estados Unidos, donde trabajaría escribiendo guiones para la Metro Goldwyn Mayer por cien dólares a la semana.

MERCEDES MONMANY

Printed and distributed by NewspaperDirect
www.newspaperdirect.com US/Can: 1.877.980.4040 Intern: 800.636.6364
COPYRIGHT AND PROTECTED BY APPLICABLE LAW